

LAS SILLAS

RECORRI la playa, hasta cansarme. Sentí alivio al hallar el lugar; al menos, allí estaban las sillas. Sí, eran sillas de respaldo alto y asiento proporcionado que, de algún modo, distanciaban de la arena y mantenían la figura erguida, sin hacerle perder ese saber estar, siempre grato.

Estas presencias confortaron el cansancio de la espera: arrogantes y cercanas, tenían la actitud aparental de las cosas que han sido hechas para algo concreto. En la barra metálica de una de ellas, alguien había apoyado el cesto con lo necesario para la salida del baño. Pensé sentarme y esperar; no me atreví. Una de ellas tenía soportes en los brazos, preparados para acomodar la posición según el deseo de sus ocupantes. De inmediato, recordé a Emilia con su cintura alta y fuera de diámetro, que intentaba disimular con una especie de armazón entero, hecho de licra y raso de tergal. Pese a los esfuerzos de la interesada, subía sus prominencias, produciéndole una especie de ahogo. Se veía con claridad que la silla de asiento más elevado, y sin soportes, era la de ella. Además la tela estaba conservada, casi intacta; era lona fina de buena clase. Emilia siempre lo decía: "Los gustos pueden diferir, pero la calidad dá el tono". Los colores del estampado, azul turquesa, iban bien con la piel, blanca y rojiza. Como detalle curioso, tenía en la parte posterior un bolsillo para guardar el libro o la revista. ¿Qué estaría leyendo? Le gustaban las novelas de Agátha Christie. Últimamente estaba muy apenada por la muerte de la autora. "¿Quién las escribiría en adelante?". La pregunta era tan ingenua que, yo



no acertaba a contestar; temía que un tono de humor, en la posible respuesta, no fuera bien interpretado. Así dije: "Hay muchas escritas, mujer, tantas como puedas leer".

La silla de Lola era muy parecida, pero no tan completa en algunos aspectos. Carecía del bolsillo; en su lugar había una gran etiqueta que no pude leer por falta de decisión en acortar la distancia.

Los brazos, de mecanismo especial, eran de madera oscura, recubierta de esa pátina agradable y carente de brillo, difícil de encontrar en algo tan utilitario como una silla de playa. El color de la tela era discreto: flores de un verde apagado con fondo malva. Sobre el asiento había unos papeles que, vistos desde lejos, parecían estar escritos en jeroglífico. Sí, era una grafía especial, desconocida para mí. También el papel era especial. Esta aparición sobre el asiento, que antes no había observado, llamó mi atención; en realidad, poco sabía de esa faceta de pluma y papel, referida a Lola. Deseché la idea; verdaderamente, dos años son tiempo para cambiar de gustos y aficiones; además, ellas viajaban mucho y pretendían informarse.

Tardaban en salir del agua; era una tentación la presencia de las sillas vacías, pulcras y confortables. Pese a las razones, no me atreví; mi bañador estaba húmedo; podía dejar el clásico círculo, que para que desapareciera totalmente habría que quitar con agua dulce.

Los ojos iban del mar a las sillas, de las sillas al mar. El cansancio me obligó a mover los pies, marcando rayas en la arena, lejos de las sillas, para que aquélla no las salpicara. En este entretenimiento obligado, noté un objeto duro, medio hundido en la arena. Era una especie de caña de bambú, cuya cabeza estaba justamente en la barra posterior de la silla de Emilia. ¡Qué raro! —comenté; pero no tenía más importancia.

Desde lejos, y en la misma dirección, me pareció ver dos personas. —Es un desastre. ¿Por qué saldré de casa sin gafas?". "Sí, son ellas". Volví la cabeza, para comprobar la distancia que me separaba del punto de playa que había elegido. Una risa fue motivo para desviar la atención. Me sobresalté; sí, no había duda, era la risa de Lola. Pero, ¿dónde estaba? Las dos figuras se aproximaban, pude apreciarlas sin dificultad. Eran dos mujeres pulcras y regordetas; una de ellas llevaba un bastón; la otra comentó en voz alta: "Lidia, ¿no te habrás confundido de bastón? Estoy segura de haberlo dejado sobre el respaldo. Tú lo sueles colocar sobre una barra lateral de la silla. Haz por recordar...".



Permanecí en mi sitio. Había oído las últimas palabras. Le entregué el bastón; ella me dio las gracias casi tocando mi mano. No miraba hacia donde yo estaba; Iban derechas hacia las sillas, como guiadas por una brújula para objetos perdidos. Traté de entender..., y, cogiéndolas de la mano, las dejé sentadas frente al mar.

